



## RAMÓN J. SENDER: TRAVESÍA Y REGRESO DE UN NÁUFRAGO.

Foto tomada de *Monte Odina*, Zaragoza, Guara, 1980.

*Antonio Villanueva.*

**San Diego, California, Estados Unidos. Madrugada del 15 al 16 de enero de 1982.**

Desde la ventana de un estudio, un hombre adusto, ya mayor, estatura mediana, aire ascético, contempla el parque Balboa. Suele pasear por allí cada día. Se sienta en algún banco a leer. Habla con las ardillas y los pájaros. *Bluejays* y *chickadees* son sus amigos. Le gusta observar. Ve a la gente pasando presurosa, a los amantes robándose un beso en no importa qué rincón, a las niñas que saltan a la comba... A veces, escribe en su libreta. Parece entonces poseído por la fiebre, su mano se desliza a gran velocidad sobre el papel. Se llama Ramón, Ramón José Sender Garcés, aragonés de Chalamera. En su familia lo llaman Pepe y él prefiere ese nombre cariñoso, tan próximo, tan lejano... Cuarenta y tantos años de exilio pesan demasiado.

Su perfil ibérico, hosco, algo frailuno, se recorta contra la ventana. Aunque ya octogenario, sus facciones revelan decisión y firmeza, energía y juventud. Pepe observa el parque, la ciudad dormida. Aspira el cigarro y deja salir una bocanada de humo. Hay un aire de ensoñación en su mirada, un leve velo acuoso que la hace brillar. Recuerda las ripas, el saso, el tozal de su tierra alcoleana. De pronto, una tos cavernosa interrumpe sus cavilaciones. Una tos profunda que conmueve todo su esqueleto.

—¡Asma maldita!

Es un mal de familia que atormenta sus últimos días.

—¡Bendita herencia!

Incluso en los peores momentos le gusta jugar con las palabras. No puede evitarlo. Los extremos se atraen, le atraen. ¿Bendición? ¡Maldición! ¿Maldición? ¡Bendición!

Nuevo ataque de tos. Se dirige al centro de la sala, hacia la mesa de trabajo, sencilla, austera, como el resto del mobiliario. Coge el vaso de *whiskey*, al lado de una lámpara de escritorio. Entre dos expectoraciones, toma un trago que alivia el resquemor. Tras un "aaaaaah" prolongado, exclama:

—¡Menos mal!

Un par de toses *in diminuendo* y recupera su entereza.

—Ahora, al trabajo

Se sienta ante los folios y continúa corrigiendo las galeradas de su último libro.

"Toque de queda. Después del clarín crepuscular, se supone que la gente se recoge y se acuesta a dormir (...). Es curioso que a pesar de que lo único que nos salva ante nosotros mismos y tal vez ante el orden supremo del universo es nuestro deseo consciente o no de lograr alguna clase de perfección nadie piensa que la única indiscutible y total está en la muerte".

Llegan aullidos animales. El zoo está cerca. Las voces traen recuerdos de otras latitudes. Han pasado tantos años, tantos libros... Pepe se estremece. Es una reacción defensiva, instintiva. Sus "ganglios", como a él le gusta decir. Y recuerda.

Recuerda la infancia. La dulzura de su madre, doña Andrea, a quien leía sus primeros versos. Las palizas de su padre, carlista conservador, con quien nunca se entendió. Las batallas a pedradas con los chicos del vecino pueblo. Aquella vez que pusieron la esquila a un buitre... Las viejas sentían miedo y, al oír el tintineo sobre el tejado de las casas, gritaban que era un alma en pena. El cometa Halley, en 1910, en Alcolea, refulgiendo en el cielo. "Volveré a verlo, cuando sea muy, muy mayor". La muerte de Froilán, alcanzado por un rayo asesino. La angélica Valentina, hija del notario de Tauste. Y aquel santo varón de Reus, convertido luego en el hermano lego de *Crónica del alba*. La zaragozana *Quinta Julieta*, pequeña Venecia aragonesa. El revolucionario Ángel Checa, mártir de la libertad. Los primeros escarceos eróticos, en Alcañiz. La escapada a Madrid, para vivir la bohemia y estar cerca de los grandes, hasta que su padre vino a buscarlo y se lo llevó a Huesca. El encuentro con el periodismo en *La Tierra*, de Huesca; *El País*, *España Nueva*, *El Imparcial*, *La Tribuna*, de Madrid; *El Telegrama del Rif*, de Melilla. El servicio militar en Marruecos y la desastrosa experiencia de la guerra, que narra en *Imán* (1930).

Y, por fin, Madrid. Trabajar. Escribir. Respirar. Escribir. Vivir. Escribir, escribir y escribir. Sender llega a la capital dispuesto a hacerse un hueco. Pertenece a la redacción de *El Sol*, el diario más prestigioso de su tiempo. Acude al Ateneo, a las tertulias (Cejador, Ledesma Ramos, Cansinos-Asséns...). Se hace amigo de Valle y enemigo de Unamuno. A Ortega, lo admirará siempre, pero de lejos. Baroja le influirá más de lo que él mismo quiere admitir. De los "fáusticos" del 27, no comprende su esteticismo, su preciosismo insolidario.

Pero no todo es literatura. También existe la realidad social. Se acerca al anarquismo y conspira contra la monarquía, contra la dictadura primorriverista, lo que dará con sus huesos en la cárcel. Allí conoce al *Tripa* y a un anarquista implicado en lo del cardenal Soldevilla. Sale, después de tres meses, más ácrata de lo que entró. *O. P. (Orden Público)* y *Siete domingos rojos* reflejan esa etapa.

Y el amor. El amor de mujer. El amparo de Amparo. La compañera, la amiga. La madre de sus hijos, Ramón Jr. y Andrea. La libertaria ateneísta, trabajadora e independiente. Empleada de la Telefónica en un tiempo en que el trabajo femenino era casi delito. La mecanógrafa, en fin, de sus textos. La Ariadna de *Los cinco libros...*, que lo salvó del laberinto dejando su vida en el empeño.

Años intensos, años convulsos de juventud. Alegría y lucha, confianza en el futuro, en un sistema más justo. Llega, por fin, la República, la Gran Ilusión. Pero Azaña y los suyos habrían sido buenos ministros con el Rey. Y Pepe vuelve a la denuncia: la república burguesa es culpable, reprime a los campesinos en Casas Viejas (Cádiz), se alía con los caciques y la iglesia. *Viaje a la aldea del crimen* hace caer al gobierno. Y el aire huele a cuartelazo, se vislumbra en el horizonte la bota militar. Sender, ahora filocomunista, reclama unidad de acción. Su prestigio literario aumenta. En 1935, gana el nacional de literatura, con *Mr. Witt en el Cantón*. Novela psicológica, con la sublevación cartagenera de 1873 como fondo. Premonición del trágico final de la Segunda República.

Y llega lo inevitable. La sublevación franquista lo sorprende, con su familia, en la sierra de Guadarrama, a tres escasos kilómetros del frente. Sender arriesga su vida para unirse a los milicianos, atravesando de noche la zona de combate. Amparo, con los niños, se dirige a su Zamora natal. La tragedia ocurre, inevitable, una vez más. Ella y sus hermanos son represaliados. Pepe se queda viudo. Sus hijos, huérfanos en la más tierna edad. Como el mal nunca viene solo, Manuel Sender, su hermano menor, es fusilado por los fascistas, asesinado sin juicio previo. Su crimen: ser valiente, negarse a huir. Pepe vive sus horas más bajas. Sufre una humillante "degradación", por culpa de Líster, quien cuenta su versión en *Nuestra guerra*. Sender siempre la negó. Es acosado por los estalinistas, molestos por su independencia. Disidente de ambos bandos, todo es tristeza a su alrededor. Su preocupación inmediata son sus niños, a los que saca de España la Cruz Roja Internacional. Todo se desmorona. El "carnívoro cuchillo" te persigue. Tienes que partir.

Francia, Guatemala, México, Estados Unidos... El exilio no acaba nunca. Eres un desterrado, un patrio español apátrida sin raíces. Han querido cortarte el vuelo. La idea del suicido ronda tu cabeza. Oscuras reflexiones del personaje Saila, en *La esfera*. Estremecedores pasajes en *Nocturno de los catorce*. ¿Cuándo podrás volver, Pepe? La escritura (y la pintura) te sirven de terapia. Hay mucho de "desesperación reabsorbida" en tus novelas de ahora. Recuperas tu pasado por medio del exorcismo literario. El político José Garcés muere en un campo de concentración, quien queda es Ramón Sender, memorialista, escritor con un profundo sentido ético.

No puedes volver a España, y lo sabes, mientras mande el Figurón. Emprendes tu titánica tarea de recuperación. Te han quitado el contacto con la realidad, pero te queda la historia para buscar inspiración. Así nacen *Carolus rex*, *Las gallinas de Cervantes*, *Las criaturas saturnianas*, *El pez de oro* y *Bizancio*, prodigio épico-aragonés.

Te roban la patria y tú la buscas de nuevo en el Nuevo Mundo, que ensancha tu españolidad: *Jubileo en el Zócalo*, *Epitalamio del prieto Trinidad*, *El Mechudo* y *la Llorona*, *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, *Novelas ejemplares de Cíbola*, *El bandido adolescente*...

Te obligan a vivir en la lejana Norteamérica y nos regalas una joven Nancy, viajera y doctoral, que regresa a Sevilla, apasionada con los gitanos y su cultura atávica.

Te empujan al rencor y la rabia, y nos devuelves la mirada compasiva de *El lugar de un hombre*, la expiación de la culpa colectiva en *El verdugo afable*, el humanitarismo mártir del padre Garcés en *Los tontos de la Concepción*.

Se te van los años y los días, y regresas a orillas del Cinca, a buscar tus años juveniles, los angélicos goces de la vida infantil. Revives en los anaqueles de tu idílica biblioteca, en *Monte Odina* y hallas entre sus muros el libro mágico de la memoria.

Regresas a nuestro lado. A los que un día te apartamos con el olvido, te ninguneamos con un cómplice callar. Regresas porque estás de vuelta de todos los caminos, sentires, quererres. Trotamundos cansado, con un rictus de nostalgia en la mirada. Caminante de infinitos rumbos del esférico vivir.

Se acerca el alba definitiva, lo sabes. Clarea la noche. Mientras todo calla, tú corriges. Hablas con la voz sabia del náufrago de todas las catástrofes. Esta noche estás solo en tu estudio.

*Toque de queda*. Clarín crepuscular. Levantas la cabeza de los folios y observas las desnudas paredes del apartamento. Hace falta una mano femenina que alegre tu ascético vivir. Es curioso, Pepe. Tú, que has tenido tantas mujeres, estás solo esta madrugada. No importa. Mañana, vendrá Florence, tu segunda mujer, de la que te divorciaste hace años. Suele venir cada día. O cada dos días, no sé. Qué más da. Ella sigue ocupándose de ti. Te admira y aún te quiere. Pronto vendrá a visitarte. No lo has hecho tan mal, viejo amigo.

Pero estás solo esta noche, Pepe. Poco a poco, te vas quedando dormido sobre los folios. Ella vendrá a visitarte de madrugada. No puedes quejarte, viejo. Siempre una mujer en tu vida. Y ahora, duérmete. Suavemente, sobre el papel. Mientras llega la luz de la mañana. Ella viene, ya está aquí. Te encuentra trabajando.

—Siento lo de Halley. Temo que no vuelva.

Sí, Pepe, el cometa volvió. Poco después de tu partida. Fue en el 86, todos pudimos verlo. Con tu amigo Froilán de compañero. Y tus pacíficas cenizas, esparcidas por el Océano Cósmico, estaban también allí. Brillando en nuestro cielo. Aragonés, español, universal. Regresaste, por fin, entre nosotros. Indiano olvidado, ocupas por fin tu lugar. Un lugar en el mundo. Tu lugar de hombre, de artista, de escritor.